

LA CARIDAD.

AÑO 2º

SAN SALVADOR, MARZO 15 DE 1885.

NUM. 36.

ADVERTENCIA.

Este periódico se publica cada dos domingos, importando **cinco reales** la suscripción por cada serie de doce números, ó sea por cada seis meses.

El presente número es el último de la tercera serie, cuyos productos están destinados al Hospital general de esta Ciudad, menos en las de Santa Ana, Sonsonate, Ahuachapán, San Vicente, Zacatecoluca, Chalatenango, San Miguel y Nueva San Salvador, en donde dichos productos se dividen por mitad entre el Hospital de cada ciudad y el de ésta.

Se suplica, por tanto, á las personas á quienes se ha estado remitiendo "La Caridad", se sirvan cubrir el valor de la serie terminada.

Para todo lo concerniente á los abonos, dirigirse en cada una de las ciudades referidas al Hermano Mayor de la Junta de Caridad respectiva, y en esta capital á

La Redacción.

Editorial.

En medio de la efervescencia en que se encuentra el país, y de la consiguiente inquietud en que se hallan los ánimos, con motivo de los graves y trascendentales acontecimientos políticos que han tenido lugar durante las dos primeras semanas que hoy concluyen del corriente mes, debe ser muy probable que nuestros lectores, dominados por la importancia del problema que tales acontecimientos envuelven, no estén muy dispuestos á prestar su atención á los conceptos, bastante conocidos, que puede ofrecerles nuestro quincenal. No obstante, y á pesar de que efectivamente la voz de otros deberes sagrados ha de merecer la preferencia, no ha de faltar la voz de la caridad, que si en todo tiempo ha sido y será útil para suavizar, siquiera en pequeña parte, los males inherentes á la naturaleza humana, con mayor razón es benéfica en épocas excepcionales, tal como la que atra-

vesamos, con mucha justicia llamada *época de transición.*

La historia del mundo nos presenta pueblos que amenazan despedazarse; pueblos en que podría suponerse desconocido el amor á la humanidad; pero en los cuales, desde que la fuerza admirable de esa virtud divina vino á domar el corazón desapiadado del género humano, cambiando la faz del mundo, se ha sentado que la tiranía nunca será un derecho, y no solo desde entonces el enfermo, el huérfano y el mendigo han tenido consuelo, sino que ha encontrado gracia el culpable y protección el inocente, y las guerras han sido menos crueles, respetándose cada día más la vida de los vencidos, cuando no han podido evitarse mediante la observancia de las prescripciones que aquella virtud civilizadora ha introducido en el derecho de gentes.

Cuando en el siglo tercero la desoladora epidemia espantaba á los romanos, y todos huían no pensando más que en librarse del contagio, se vió á los hijos de la caridad salir en masa de las catacumbas, donde los había relegado el egoísmo y el orgullo, y volar al socorro de los enfermos, de los idólatras y de los fieles, y vengarse de sus enemigos como se vengaban los cristianos.

Desde entonces, ha dicho Monseñor de Dupanloup, los mismos bárbaros debían ver en la caridad cristiana maravillas que les obligasen á prosternarse llenos de admiración. El historiador Sócrates nos refiere, que habiendo cogido los soldados romanos siete mil prisioneros persas, estos infelices se morían de hambre y de miseria; pero entonces Acacio, obispo de Amidea, reuniendo al clero, le dijo: "Dios no necesita platos ni copas, y puesto que nuestra Iglesia, gracias á la liberalidad de los fieles, posee numerosos vasos de oro, ¿no será justo emplearlos en libertar á esos pobres cautivos y socorrer su hambre? A estas palabras hace fundir los vasos sagrados, emplea parte en rescatar los prisioneros, y otra en alimentarlos, y después los envía á su patria con provisiones de viaje. El rey de los persas quedó confundido an-

te aquel acto de caridad y escribió á Teodosio rogándole, que le hiciese ver más de cerca al extraño enemigo que le devolvía sus súbditos vencidos, después de haberlos colmado de bienes. Teodosio manifestó este deseo á Acacio, y el varón de Dios fué á la corte de Persia á explicar al príncipe pagano el misterio de la caridad cristiana."

Lo mismo en los primeros siglos que en la edad media y en los tiempos modernos, abundan hechos justificativos de que la caridad ha ejercido en el mundo su dominio irresistible, para que una parte de los asociados se consagre al servicio de la otra; pero siendo fáciles de traerse á la memoria, y faltándonos espacio y tiempo para copiarlos, nos contentaremos con lo referido.

"El Ensayo," periódico de la capital de Guatemala, en su edición del 25 de Febrero último, ha dicho: "Hay una especie de horario sagrado que el destino de los hombres y de los pueblos mueve con prudente y cautelosa lealtad, y ese horario marca en este instante la hora de la lucha y de la redención, ó del sacrificio y de la apoteosis."

Sea enhorabuena. Atravesemos con resignación la época de prueba que la Providencia nos marca; más en presencia de los acontecimientos que ya entrevemos, esperamos que todos aquellos que han secundado nuestras miras no retirarán sus favores á los enfermos pobres, á los huérfanos, á los ancianos, á los heridos, y, en fin, á todos los que debe alcanzar la acción de la caridad.

Por nuestra parte, mientras sea posible, continuaremos la grata labor que á este respecto desempeñamos.

La Iglesia y la civilización.

(CONCLUYE.)

VII.

Pero las doctrinas santas, como las que la Iglesia presenta á sus hijos, no producirían efecto sino á medias, si se mantienen unicamente en el dominio de la teoría. Para esperar un resultado completo, es preciso que las doctrinas tomen cuerpo en un ejemplar vivo, sobre el cual fijen los hombres sus ojos, para convencerse de que estas doctrinas no se componen

de ideas que deben admirarse simplemente con complacencia, como se mira un cuadro bellissimo ó un soberbio panorama, sino de verdades prácticas, dispuestas á ponerse resueltamente en acción. Esto es lo que comprendían los paganos mismos, los cuales pensaban que las bellas máximas, las sabias lecciones serían letra muerta, sin eficacia para cambiar el mundo ó mejorarle, en tanto que no hubieran tomado una forma y una personalidad en un ejemplar vivo.

Platón, que había descubierto tantas y tan altas verdades, ya sea por la penetración de su genio, ya por las activas investigaciones de las tradiciones antiguas, persuadido de que la palabra, escrita ó hablada, no conducía á nada estable ni concluyente, deseaba con ardor que la verdad soberana se encaminase y mostrase visible á los ojos de todos. (*De Reipub.*, IX.) Cicerón, que no era solamente un gran orador, sino un grandísimo filósofo y el representante de la sabiduría latina entre los gentiles, fué conducido por la misma razón á expresar los mismos deseos. Séneca, que escribía frecuentemente palabras de un cristiano—dígase lo que se quiera de su vida privada—y que tuvo probablemente una tintura de cristianismo, escribió á Lucinio una carta sobre la necesidad de tener bajo la mano un grande y noble ejemplar que sirviese de modelo á la dirección de la vida, y porque él no tenía modelo semejante, no pudo menos de aconsejarle el menos malo, como era en efecto, el de Catón.

Ahora bien, esta necesidad de un ejemplar vivo y perfecto que las más bellas inteligencias de la antigüedad habían entrevisto, está satisfecha para el creyente. Este ejemplar que ellos habían llamado en vano, nos lo presenta la Iglesia en Jesucristo, Señor Nuestro, Verbo del Padre, Imagen sustancial de la bondad infinita, hecho hombre por nosotros. ¡Cuán bello es, amadísimos hijos, este magnifico ejemplar que la Iglesia nos da y que ha defendido contra los ultrajes de los gnósticos, de los arrianos y de todos los herejes, hasta los protestantes, hasta los incrédulos modernos, que se esfuerzan por todos los medios para despojarle de la divina luz que brilla sobre su frente majestuosa! Jesús es Hombre-Dios, y por consiguiente, Él es la virtud, la perfección sin límites, absoluta. Hé aquí que hace más de diez y nueve siglos que los individuos, los pueblos y las sociedades se esfuerzan en reproducirle y siempre hallan algo que aprender en Él, algo con que perfeccionarse, como si se hubiera ayer comenzado á imitarle.

Siendo Jesús un ejemplar divino y soberanamente perfecto, es todavía el modelo más completo, porque se presenta como Maestro en todas las condiciones de la vida.

La mayoría de los hombres se compone de pobres, de obreros, que tie-

nen que ganarse el pan con el sudor de su frente, y cuyo trabajo apenas basta para procurarse el que necesitan para ellos y su familia.

Precisamente para estos nació Jesús, pobre como ellos, y vivió pobremente en el taller de su padre, aplicado al trabajo modesto del artesano.

¡Oh mis queridos cooperadores! Vosotros, que sois todos los días testigos de tantas angustias y privaciones que el mundo ignora, y ante los cuales cierra los ojos para que no se puedan turbar sus alegrías profanas; vosotros, que compartís frecuentemente con los pobres vuestra debil subsistencia y que os sentís dispuestos á hacer más y más por ellos, poned bajo sus ojos, cada vez que podáis, el ejemplo de este divino Salvador, cuya presencia es nuestra más grande consolación. Dejad decir á vuestros detractores que quieren ayudar á la civilización por otros medios: en cuanto á vosotros, aplicando á las almas el bálsamo de la Religión, prestaréis al mismo tiempo un excelente servicio á la causa de la civilización. Vosotros calmaréis esos gritos indignos y salvajes que podrían un día, día que quizás no está lejano, degenerar en actos de la mayor barbarie; vosotros levantaréis á las almas, á quienes la pobreza humilla á sus propios ojos y á los ojos de los demás; y entonces hallarán en las enseñanzas de Jesucristo el sentimiento de ellas mismas, reconociendo la dignidad real que les ha sido conquistada, y esforzándose en conservarla por la honradez y por la práctica de todas las virtudes.

Pero si Jesucristo es, por una parte, el perfectísimo ejemplar de los pobres, por otra no deja de ser un modelo igualmente perfecto para los grandes y los reyes de la tierra.

Jesucristo es Rey, y su realeza se manifiesta por el imperio absoluto que ejerce sobre la naturaleza entera y sobre las almas de sus criaturas racionales. La naturaleza se somete al menor de sus signos, cambia y suspende el curso de leyes invariables que la gobiernan: los vientos cesan, las hondas se calman, las sustancias se multiplican: las almas, así las más duras como las más corrompidas, se subyugan á su palabra, por el encanto todopoderoso que resplandece en sus ojos y en su faz.

Pero de esa potencia real que posee plenamente se sirve para salvar á los hombres, para satisfacer sus necesidades, para curar las numerosas enfermedades que los afligen, para librarlos de la tiranía más dura y más dañosa, la de los deseos culpables que en ellos entrañan y de los vicios que les arrastran. ¡Ah, amadísimos hijos! ¡Quién nos diera ver á todos los que son grandes entre sus hermanos, á todos los que tienen en sus manos el cetro y las riendas del poder, acercarse á Jesucristo para reproducir en ellos su Imagen y ajustar su vida á la suya! Entonces podríamos ver florecer en las sociedades, no solamente á los

grandes santos, sinó también los reyes ilustres por sus empresas políticas, tales como Enrique de Babiera, Esteban de Hungría y Luis de Francia.

Jesucristo es padre, no en el sentido de la generación carnal, sinó en el sentido más inmensamente elevado de la generación que hace nacer la vida del espíritu. Ahora bien, ¿hay una obra más grande y más sublime que la de transformar á gentes groseras en hombres renovados por el espíritu? ¡Con qué inefable solicitud se aplicó Jesús á educar y cambiar en hombres dotados de un espíritu nuevo á los discípulos groseros que llamó cerca de sí y que predestinaba al apostolado! ¡Cómo condescendía con sus defectos, cómo sabía sostener su debilidad é infundirles aliento cuando se mostraban vacilando en la fé! Y cuando llegó el momento de separarse materialmente de ellos, ¡con qué tiernas palabras les recomendó á su Padre Celestial, que es también el suyo!

¡Oh padres! ¡si una centella del fuego que brilla en los discursos de Jesús, recogido por el evangelista San Juan, se encendiera en vuestro pecho, cuánto ganarían vuestros hijos, y con ellos, cuánto ganaría la sociedad civil y también el progreso moral!

Jesús no dependía de nadie, porque era Dios: y, sin embargo, quiso someterse á su verdadera madre, según la carne, y á su padre adoptivo para enseñar á los hijos esta sumtuosa sumisión hacia los autores de sus días, que tienen de Dios el nombre de padre y los derechos de la paternidad. Y si los jóvenes miraran este ejemplar y le imitasen con cuidado, ¿no sería un remedio eficaz, para una de las más sangrientas llagas que afligen á nuestra época, á saber, la impaciencia de todo freno y de toda ley? Esos hijos dóciles á la autoridad paternal, según el ejemplo de Jesucristo, ¿no dejarían el hogar doméstico con la costumbre de la obediencia, inclinados á respetar las órdenes de los que tienen el poder y respetan á Dios en la dirección de los negocios?

Nós hallamos, queridísimos hermanos, un placer particular en ramblar sobre las bellezas de este modelo soberano; y voluntariamente nos extenderíamos á indicar los tesoros ocultos en él y la correspondencia que existe incontestablemente entre esos tesoros y los progresos de la civilización; pero la largueza de este escrito nos advierte que debemos ser sobrios en palabras.

Por lo demás, vosotros podéis alargar fácilmente la demostración considerando en Jesucristo el amigo, la fuerza de los débiles, el firme defensor de la verdad, á pesar de las enemistades que provoca; el hombre de los grandes y generosos sacrificios. Y prosiguiendo este tema, Jesucristo aparece también verdaderamente como una fuente de vida para cualquiera que se acerque á Él y ponga en práctica las bellas y saludables doc-

trinas que ha predicado.

Esta reflexión impulsó al grande Atanacio, al ilustre y valiente defensor de la Divinidad del Verbo, á escribir: "Jesucristo, que es verdaderamente inmutable, vino entre nosotros á fin de que los hombres hallasen en la justicia inmutable del Verbo un modelo de vida y un principio estable de justicia." San Agustín expresa el mismo pensamiento en otros términos, cuando proclama que la regla suprema de las costumbres es la vida de Jesucristo sobre la tierra entre los hombres, de los cuales tomó El la naturaleza.

No es, pues, extraño que los Padres de la Iglesia hayan hablado así, cuando hasta se oyen repetir sus juicios textualmente por los insensatos que han surgido para negar la Divinidad del Salvador. Bastaría citar entre muchos el más intencionado de ellos, famoso, sobre todo, por su audacia, el cual, ofuscado por la luz que rodea á Jesucristo, llegó á saludar en Él "al que tuvo una determinación personal muy fija, como ninguna otra criatura la tuvo jamás, y que dirige hoy todavía los destinos de la humanidad." (1) Más lejos entona, por decirlo así, un himno en su honor, diciendo: "Tú asistirás desde el seno de la paz divina á las consecuencias incalculables que tus actos entrañan en sí. Durante millares de años el mundo vendrá á buscar en Tí el ejemplar de su vida. Bandera de nuestras contradicciones, tú serás el signo al rededor del cual se librará la más ardiente batalla. Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte, que durante tu paso sobre la tierra, tu vendrás á ser la piedra angular de la humanidad, hasta el punto de que arrancar tu nombre del mundo será quebrantar sus fundamentos."

VIII

Ahora bien, para resumir en algunas palabras lo que acabamos de decir en esta Pastoral, si la Iglesia tiene una doctrina que, observada y constituida en regla de vida, debe infaliblemente conducir sus hijos á un maravilloso perfeccionamiento moral y procurarles la mansedumbre, la pureza de costumbres, la cordialidad y la cortesía en las relaciones; si posee lo que vanamente habían deseado los sabios del paganismo, un ejemplar supremo, perfecto, absoluto, de toda virtud y generosos sentimientos: sino ha permitido jamás que su doctrina sea alterada ó que el ejemplar divino fuese deshonrado por las negaciones, blasfemias y ataques ciegos de sus enemigos: sí, en fin, esta doctrina que predica y este ejemplar que propone, han bastado en el pasado para producir efectos admirables, manifestados ostensiblemente por encima del poder de la humanidad, es claro que no puede haber ninguna buena razón para trastornar el mundo, ni para sustraer la civilización de las influencias

bienhechoras de la Iglesia y confiarla á manos que la mantendrán en las vías impías, conduciéndola á espantosas catástrofes.

IX.

Pero, ¿cuáles son los frutos que las costumbres públicas han recogido, las ventajas que las relaciones mutuas han reportado de esta lucha nefasta, bajo el especiosísimo pretexto de conducir la civilización á nuevos y más altos destinos? No podemos más que indicar las grandes ruinas que humean ante nuestros ojos; pero esta indicación basta para hacérsela apreciar como conviene. La moral, confiada en manos de la Iglesia y sustraída por traición á sus bases religiosas, vive en el aire; ella ha cesado de ser la regla autorizada de las acciones: se ha convertido en el vil instrumento de todos los apetitos. Se ha inventado una moral para cada siglo, para cada clima; y se la ha entregado en manos de cada particular para trasformarla al gusto de sus caprichos. "El hombre, ha osado escribir un impío contemporáneo, santifica todo lo que vé y embellece con las flores de la imaginación todo lo que ama." (RENAN *Revue des Deux Mondes*, Octob. 1862). De aquí nada más fácil que dejarse conducir, como dan el ejemplo los partidarios de esta teoría, á hacer la apología del mal, á divinizar los goces de los sentidos, á insultar las leyes del pudor, bajo el pretexto de buscar la belleza, que huye como la sombra, y que, en todo caso, está destinada á elevar nuestra alma hasta Dios, como un escalón que conduce á Él, fuente suprema de toda belleza y de toda amabilidad.

Tales son los frutos que se recogen de la inmensa rebelión desencadenada á través del mundo. Y estos frutos, queridísimos hijos, no nos prometen los progresos deseables de la civilización, sino que nos dan los terrores que se experimentan con la proximidad de la peor especie de barbarie, que es la que nace de una civilización corrompida. Estos funestos efectos debían advertir á los imprudentes para no seguir á los maestros perversos y para mantenerse unidos, por lazos estrechos é indisolubles, á la Santa Iglesia. Pero, desgraciadamente, vemos que no sucede así, y que la fortuna sonríe á los seductores.

Cuando nos aplicamos, como debemos hacerlo en interés de vuestras almas, á buscar la razón de este hecho, nos parece hallarla, en parte, en los esfuerzos y astucias satánicas que se emplean para pervertiros; en parte en el brillo que rodea el objeto que se pretende favorecer. La civilización es una palabra que suena bien en los oídos; y muchos, deteniéndose ante el nombre, no indagan de qué civilización se trata, ni á qué término conduce; de donde resulta que toman por oro verdadero lo que no es más que metal sin valor.

Es á vosotros, mis venerables cooperadores, á quienes corresponde a-

brir los ojos á vuestros hijos espirituales y probarles que la civilización honrada, legítima, lejos de ser incompatible ó rechazada por el Papa, por los Obispos, por todos los que son fieles á la Iglesia, hallan por el contrario, en ellos, los más valientes y activos instrumentos del progreso. Puesto que nuestros adversarios, á falta de mejores argumentos, se sirven de mentiras, vosotros debéis seguirles paso á paso; y á las falsedades, á las hipocresías groseras, oponer la ley de las razones y las pruebas incontestables de los hechos.

El señor bendecirá vuestros esfuerzos, y las almas, una vez libres de prevenciones nocivas, se hallarán dispuestas á recibir la semilla de la palabra y el rocío de la gracia, que hacen producir los más dulces frutos de vida. Las tentativas de seducción se multiplican en todas partes, y en la misma proporción deben crecer nuestros esfuerzos para salvar de una ruina cierta las almas rescatadas por Jesucristo

Roma, 10 de Febrero de 1878.

✠ JOAQUÍN, Cardenal obispo PECCI.

REPRODUCCIÓN.

"La Caridad," agradecida á los importantes servicios que uno de sus colaboradores se dignó prestarle, con la mejor voluntad y decisión, y sensible á su desaparecimiento de esta República, en donde deja gratos recuerdos, no solo en sus numerosos amigos sino también en sus no menos numerosos discípulos de la época en que regentó una de las cátedras de esta Universidad y de las muchas clases que dió en los liceos, colegios y casas particulares, formando alumnos y alumnas que bendicen su memoria y que figuran en la sociedad por sus progresos en la instrucción que recibieron; no ha podido menos de ver con alta satisfacción y con gran placer, el artículo editorial que publica "El Irazú" con fecha 20 de Febrero último, en su número 31.

Asociándonos á las ideas y sentimientos del ilustre redactor de aquel periódico cartaginés, doctor don Francisco Ulloa Mata, nos complacemos de saber la recepción espléndida y honorable que se ha dispensado al señor doctor don Tomás M. Muñoz, persona distinguida á quien hemos aludido, desde que desembarcó en Puntarenas hasta Cartago, para hacerse cargo en dicha ciudad del antiguo y afamado Colegio de San Luis Gonzaga.

Para dar á nuestros lectores alguna idea de la manera como fué recibido en aquella República, nos permitimos reproducir dicho editorial, uniendo nuestros deseos á los del "Diario de Costa-Rica" sobre que el entusiasmo de los hijos de Cartago no sólo sea durable, sino cada vez mayor.

Bienvenida.

Cartago está de plácemes. Tenemos entre nosotros al Dr. D. Tomás

(1), ERNESTO RENAN, *Vida de Jesús*, p. 46.

M. Muñoz: al hombre que, lleno de abnegación, puso á un lado la toga del abogado y la bien cortada péñola del escritor republicano, tanto para tomar en sus brazos paternales al ignorante parvulillo, como para dirigir los inciertos pasos de una juventud ciega, pero ávida de ilustración y deseosa de abrir sus ojos á la luz de la ciencia y del deber, de la justicia y de la verdad.

Hoy se abre para nosotros una nueva era de ventura. Los corazones honrados y amigos, por tanto, de la moralidad pública, deben vestirse de gala.

Los padres de familia que ha veinticinco años lograron penetrarse de la habilidad y dotes de este ilustre educacionista, pueden hoy servir de garantía á nuestros asertos, asegurando á esta nueva generación que nuestras palabras distan mucho de ser avanzadas.

Los jóvenes de entonces, que tuvieron la dicha de palpar las aptitudes de este institutor, y oír su palabra, llena de unción y verdadera sabiduría, son hoy padres de familia y desean que sus hijos sean dirigidos por aquella misma mano maestra que tantos bienes les prodigara. Desean que esas telas de su corazón beban en la misma fuente en que ellos apagaron su sed: fuente de verdades sublimes, cuyas clarísimas y refrigerantes aguas han sostenido y sostienen todavía, sobre el camino del honor y delicadeza, á la mayor parte de los que las bebieron.

Ha llegado, pues, el momento de que esos padres, ansiosos por la educación de sus hijos, les hagan recibir lecciones idénticas en su fondo de moralidad y cultura, pero mas avanzadas en su forma y múltiples aspectos, ya que así lo requieren el tiempo, las costumbres y los gigantescos pasos que en estos últimos tiempos ha dado nuestro luminoso siglo.

Dios, que es el regulador de todo lo bueno, grande y perfecto, ha de asistir las rectas intenciones de este hábil educacionista, en bien de Cartago y de la República entera. L. R.

Desde el Cielo.

(Habla el hijo muerto á su madre)

Madre de mi corazón
Enjuga tu acerbo llanto;
Da treguas á tu quebranto;
¡Interrumpe tu oración!

¡Quiéres saber por qué lloras
Con penas y cuitas graves?
¡Porque mis dichas no sabes;
Porque mi destino ignoras!

¡Quiéres que de tu ansiedad
Te explique la lucha impía?
¡Porque no ves, madre mía,
Toda mi felicidad!

Del cielo en los resplandores
Mi azul pupila se llena,
Y aquí no tengo mas pena
Que pensar en tus dolores.

Sumida en honda aflicción,
Y enferma, y acongojada,
¡Tú sí que eres desgraciada,
Madre de mi corazón!

Yo para tí soy amigo,
Soy espíritu, soy luz;
Te ayudo á llevar la cruz
Porque estoy siempre contigo.

Sueñas con que no me ves,
Y del sueño en los antojos,
En cuanto cierras los ojos
Estoy velando á tus piés.

Mi imágen siempre te aguarda
Tras de tu lecho escondida;
Y si te quedas dormida,
Soy el ángel de tu guarda.

Mis hermanos no me ven;
Pero en un rayo de luna,
Por las noches, á su cuna
Bajo á besarlos también;

Y cuando despierta el día
Te llevan ellos á tí
El beso que yo les dí
Por la noche, madre mía!

Antonio Fernández Grilo,
[Español.]

CEMENTERIO.

Muy pocas veces se ha encontrado San Salvador en condiciones más favorables respecto á salud pública, que como se encuentra en la actualidad.

Lo mismo el cementerio que el Hospital proporciona una base segura para juzgar del estado de salubridad de la población. Así, estando el primero administrado por la Junta directiva del segundo, y siendo "La Caridad" un órgano de ésta, como ya otra vez lo hemos dicho, creemos cumplir un deber publicando los datos que constituyen dicha base.

En todo el mes de Febrero próximo pasado no hubo nada más que 42 defunciones, de las cuales 19 fueron de hombres y 23 de mujeres; entre ellos 11 eran niños menores de seis años y los demás mayores de esta edad.

Trece murieron en el Hospital y 29 fuera de él.

Ocho fallecieron de inflamaciones, 6 de casos febriles, 4 al nacer, 4 de tisis, 4 de desinteria, 3 de flución, 2 de alferecía, 2 de enteritis, 1 de fronquitis, 1 de ataque, 1 de dolor de estómago, 1 de quemaduras, 1 de hidropesía, 1 de hemorragia, 1 de caries 1 de úlceras y otro de anemia.

A continuación publicamos el movimiento de los fondos habido en los dos meses transcurridos del presente año, que nos remite con tal fin el señor Tesorero del Cementerio, y sucesivamente irán publicándose los de los meses siguientes.

CUADRO que demuestra las entradas y salidas en la caja de la tesorería del Cementerio de esta ciudad durante los días del 17 al 31 de Enero de 1885.

	Entradas.	Salidas.
Enero 17.—Efectivo recibido del señor Tesorero anterior.	\$ 299 41	
Idem 21.—Por materiales 650 ladrillos á Gerardo Peña		\$ 8 12
Idem 21.—Por planilla de la semana		8 62
Idem 31.—14 enterramientos de fábrica infima á un peso setenta y cinco centavos	24 50	
Idem 31.—4 enterramientos de fábrica media á cinco pesos	20	
Idem 31.—1 segundo enterramiento en mausoleo	33	
Idem 31.—Sueldos de empleados en el mes		92
Idem 31.—Por planilla de la semana		1 75
Existencia en caja		266 42
Sumas iguales	\$ 376 91	\$ 376 91

San Salvador, Enero 31 de 1885.

Juan Mata,
Tesorero.

CUADRO que demuestra las entradas y salidas en la caja de la tesorería del Cementerio de esta ciudad durante el mes de Febrero de 1885.

	Entradas.	Salidas.
Febrero 1.—Existencia en caja	\$ 266 42	
Idem 14.—Por planilla de la semana		8 1
Idem 21.—Por planilla de la semana		3 13
Idem 28.—21 enterramientos de fábrica infima á 1 peso 75 centavos	36 75	
Idem 28.—4 enterramientos de fábrica media á 5 pesos	20	
Idem 28.—1 tercer enterramiento en mausoleo	92	
Idem 28.—1 medio puesto vendido p ^o mausoleo	50	
Idem 28.—Por sueldos de empleados en el mes		92
Existencia en caja		291 86
Sumas iguales	395 17	395 17

San Salvador, Febrero 28 de 1885.

Juan Mata,
Tesorero.

Enfermos asistidos en el Hospital durante el mes de Febrero de 1885.

	Hombres.	Mujeres.	Total.
Existencia del mes anterior	137	33	170
Entraron	107	68	175
Salieron curados ó mejorados	102	72	174
Murieron	4	9	13
Quedan para Marzo	138	29	167
Estancias que causaron			7412

GRAN SORTEO EXTRAORDINARIO DE LA Lotería del Hospital General DE GUATEMALA

Para el Domingo 31 de Mayo de 1885.
Se jugarán

¡VEINTE MIL PESOS!
de la manera siguiente:
Primer premio \$ 10,000... \$ 10,000
Dos premios de " 1,000... 2,000
Cuatro de " 500... 2,000
Catorce de " 100... 1,400
Cuarentidos de " 50... 2,000
Ciento veinte de " 20... 2,400

Ciento ochenta y cinco premios que valen \$ 20,000

San Salvador, IMPRENTA DEL DR. F. SAGRINI.